

Para una teoría del terror

Puede que una de las situaciones más dramáticas que puedan presentarse al ser humano, sea precisamente la del terror. En el terror hay un mundo especial de espera, donde late la amenaza, el temor, la ansiedad, el pánico. Numerosas formas pueden mostrarse de terror. Bastará pensar en la relación de dos personas en sus primeros años; entre dos colegas pueden plantearse esa forma de vínculo: aterrador y aterrizado. El terror supone una situación límite, donde se aguarda lo peor. No sé si será razonable, pero sí me parece eficaz cierta sugestión del vocable *aterrado*, como caído en tierra, desplomado, sin defensa.

El terror supone que queda atrás la seguridad en algo, valores espirituales o costumbres y leyes. El aterrizado puede darse cuenta de que está en el aire, de que no hace pie en la propia vida. Toda aparición del terror inmediato, aun en la simplicidad del "susto", suele iniciarse con un paso atrás. Es curioso que se busque refugio ínfimo en el retroceso, en una manera de retardar lo que está a punto de ocurrir. Yo creo que tiene interés notar cómo determinadas palabras no pueden situarse ante un caballo de batalla, y otras sí. Hay palabras individualizadas, sin necesidad de pronombres de dirección. Otras palabras hay con una escuela que les hace posible derivar en dirección al ismo. Puede surgir terrorismo, existencialismo, etc. Es lo que puede llamarse *corrientes*. Este afijo —las palabras técnicas me dan algo de miedo— no puede unirse con dos vocablos personalísimos, por ejemplo: amor y dolor.

El terrorismo es una decisión, supone que alguien pone en marcha una palabra que corresponde a una situación, dotando a ésta de una posibilidad de acción. La convención puede existir, pero es el convencionalismo quien la dota de posibilidades manifiestas. El terrorismo supone inquietud, en principio, hasta pasar rápidamente hacia el pánico. El hombre está inmerso en una zona de seguridad inmediata, que le facilita

el Estado. Y desde este mismo instante hemos pasado de las generales del ensayo hasta el tema justo. Surge un país y un personaje: Rusia y Boris Savinkov. Creo que el tema está cargado de dificultades, pero es un tema histórico o casi histórico. Chipre o Argelia toman distinto cariz, son actitudes ante el invasor. Puede que sea difícil hallar un documento tan vivo como estas memorias para tratar de ver un hecho real casi contemporáneo. (Me parece que ahora lamento la elección del tema, pero hay que seguir adelante. Insisto en mi calidad —una palabra sospechosa— de narrador, en lugar de investigador). De pronto, en una zona sosegada surgen unos tipos misteriosos, desconocidos, que deshacen la tranquilidad, el sosiego. Esta irrupción de elementos extraños levanta en vilo las horas de gentes quizá disconformes. No se trata, señalemos, de un acto criminal corriente, sino de algo más complicado de comprender. Es, nada menos, que una actitud política.

No sé si me faltará la documentación o la noticia, pero creo que el anarquismo hace años que desapareció de la cabeza humana. Puede que se tratara, en último término, de una postura estética, de una forma de dandysmo. El contingente de anarquistas me parece que en su número más importante corresponde a tres extremos territoriales de ese mundillo llamado Europa, esa provincia de Estados Unidos de América. Fueron españoles, italianos y rusos. Eran gentes que no podían callarse de verdad y que estaban dispuestas siempre a confesar que secretamente eran anarquistas. El anarquista, creo yo, es algo así como el equisaurio de la prehistoria, o antes, referida al instante actual. Termina por no existir. Cualquier forma de revolución no irá contra las exigencias, sino contra las costumbres —lo dijo con otras palabras el español más grande de todos los años españoles. El abuso es una excepción, pero el uso es lo cotidiano, lo de todos los días.

Todo terror no puede quedarse en la simple y vaga intranquilidad, precisa de la ronda de la muerte y la violencia. Es grave el imperativo de perfección que señala el anarquismo. Tierno ha visto que *entre dos polos se mueve la valoración del anarquismo por el hombre de la calle: destrucción o utopía*. Es una interrogación grave, porque la utopía es una forma, quizás incruenta, de destrucción. Hay dos formas de deshacer: la explosión o el proyecto irreal. El anarquista tenía una decisión tomada, una decisión extrema y destructiva para crear otro mundo, otras relaciones más justas. Quizás en la tarea del anarquismo fuese más radical la utopía que la amenaza. No creo que el oído de los seres humanos de ese tiempo diera cabida a las voces que acabo de aludir. La amenaza, en distintos países, del anarquismo, era vaga e indecisa. Lo que de veras es importante es lo que ocurre en un país dentro del corazón de unos seres humanos, que resulte posible en el mundo de diario la peripecia de Boris Savinkov y los que le rodean. (La novela es siempre, me parece, una exageración.

En la novela hay siempre un exceso. Dostoievski, en "Los en-demoniados", puede servir de contrapunto a estas páginas, pero sólo de contrapunto. Lo que amueble la cabeza de un gran escritor es grave y emocionante, pero nunca tanto como aquello que ocurre de veras en el mundo y su latido).

El anarquista tópico, solitario y sombrío en su rebeldía, con sus grandes palideces, surge ante la atención con una forma decisiva. ¿Qué quiere ese hombre que va por las aceras de la ciudad en el atardecer? Yo no creo que sea un hipócrita, y ni siquiera un malvado. En él ha obrado algo que no podemos entender, o por lo menos que no podemos entender completamente. ¿No pudiera ser el tedio un elemento virtual del terrorismo? De pronto, alguien se encuentra con que las cosas y las gentes no le importan. (Téngase en cuenta que la importación es lo que se recibe de fuera.) El aburrimiento supone una ruptura con el mundo que nos rodea. Lo tenemos en cuenta, pero apenas nos atañe. Lo vemos tras una cortina de niebla, malhumorados, hartos. Tierno escribe esto: *El anarquista sacrifica su vida para lograr la perfección o un aumento, por lo menos, del nivel de pureza y virtud de la sociedad. Para el anarquista de acción sus atentados no son un crimen, sino una lección liberadora, ante cuyo supremo valor el anarquista se ofrece como víctima. Mueren, según una frase tópica, en "holocausto a la sociedad"*. Este renunciamiento total y rotundo es lo que me preocupa. ¿Por qué llega a la muerte el anarquista? Se trata, precisamente, de alguien que emplea sus horas en intimidar a una sociedad, en inquietarla, en lo que con frase decisiva pudiera ser "no dejarla vivir".

El terror supone una situación límite, donde reina el miedo y el espanto, por una sucesión de actos violentos. Pero no es necesario que los actos violentos se precipiten encadenadamente. Lo que importa es que sean esperados y se produzcan inesperadamente. Se tecnifica el terror a través de su organización. Junto al terror crece su espectro, su fantasma, la amenaza. Una situación, al fin, de espera. Creo que el terrorismo ha desaparecido hoy por múltiples causas: la principal se refiere a la fuerza de los gobiernos. Los tipos de Savínkov se nos aparecen ahora mismo completamente irreales. No sé hasta el último extremo que pudiera llegar, en ocasiones, la policía zarista. Pienso, sin embargo, que cualquier forma compulsiva estatificada irá hoy más lejos en cualquier nación del mundo.

Son gentes que manipulan sobre el terror desde una dirección inmediata y hasta personal. Sin el mecanismo estatificado. Si resulta difícil entender las razones puede tratarse de comprender el aparato, el instrumento (Piénsese en la "purga" como forma de eliminación política.) He elegido, para seguir el camino del presente ensayo, un libro de Boris Savínkov, titulado "Memorias de un Terrorista". (Para referirme a él lo haré de la forma siguiente: Los diálogos irán sin entrecomillado. Las referencias, sí. Como antes, las referencias de otros libros irán en distinta letra.)

Alguien, en cualquier lugar, habla con Boris Savínkov, y el diálogo es este:

—¿Quiere usted tomar parte en el terror?

—Sí —responde Savínkov—.

—¿Únicamente en el terror?

—Sí.

—¿Por qué no también en el trabajo general?

Boris responde que “concedía al terror una importancia decisiva”. Las memorias del terrorista van por su principio, luego veremos lo que sigue. Se trata de un ser humano —no importa su catadura o sus subterráneos— que penetra en una situación completamente ajena a la vida cotidiana de relación social. El disimulo es un factor esencial en sus horas; la máscara tiende sobre su rostro los dedos engarfiados. Habrá de presentarse, de ir por todas partes fingiendo, celando sus propósitos. Este personaje se conoce con el nombre de “bombista”, el que lleva la bomba con ademán de no llevar nada.

Pero creo que es importante seguir a Savínkov. Tras el primer diálogo apuntado hay una segunda conversación con un personaje llamado Azev.

—Me han dicho que quería usted trabajar en el terror. ¿Por qué precisamente en el terror?

Savínkov repite la importancia que para él tiene el terror. Creo que en la pregunta de Azev hay algo notable al decir “trabajar en el terror”. Trabajar supone una actividad continuada y hasta sujeta formalmente a un horario.

Estoy tratando de dominar en este ensayo al narrador que puede haber dentro de mi prosa. Se trata de una época rusa, donde los porteros estaban adscritos al servicio policiaco. Lo que pudiera venir luego no quita importancia a lo aludido. Creo que en lugar de rodear los fragmentos de un libro con comentarios más o menos justos, lo mejor sería dejarlos solos ante la atención del posible lector. El “terror” surge en Rusia cuando un grupo, más o menos numeroso, de seres humanos, vive en la exasperación. ¿Por qué? ¿Cómo puede aparecer de repente, en la vida de un pueblo, ese numeroso haz de hombres irritados hasta las últimas consecuencias? El tema no me lo reservo. Quisiera entregarlo a quien pudiese poner algo de claridad en él. Los personajes vivos de Savínkov tienen estas palabras:

—La primera bomba debe confiármese a mí. Tengo derecho a ello. He esperado demasiado.

—¿Cuánto tiempo hace ya que estoy esperando en Moscú, con la dinamita preparada! Es imposible vivir así, esperando continuamente. No puedo

—Creo en el terror. Para mí toda la revolución consiste en el terror.

—¿Acaso se puede hablar del terror sin participar en él? Veo que es preciso concentrar todas las fuerzas en el terror y que entonces triunfaremos.

Para el lector que quiera entenderse con el tema, en lugar de adoptar los lugares comunes previstos resulta difícil una comprensión clara. Es un pequeño mundo hermético, sin duda de ninguna clase una postura extrema, hasta llegar a la violencia más cruel, la de arrebatarse la vida a otro ser humano. Es, posiblemente, la forma más revolucionaria que pudo surgir en su tiempo y en cualquier tiempo. Ortega ha escrito que toda revolución no se dirige contra los abusos, sino contra los usos. Yo veo en ese grupo sangriento, agresivo, una decisión de rechazar cosas y fortunas, que otros hubieran aceptado rápidamente. ¿Por qué? Es curioso cómo puede surgir un campo de "por qué" como minas preparadas para la explosión. Savínkov escribe de un hombre "que llegó por su propia senda al terror, en el cual veía no sólo la mejor forma de lucha política, sino también un sacrificio moral, y acaso religioso". Hay que pararse a pensar en esta determinación, aunque no lleguemos a penetrar en su cuarto. Se trata de alguien que "soñaba en el terror del porvenir, en su influencia decisiva para la revolución". Yo creo que aquí está lo importante. ¿Puede una existencia humana instalarse en el terror y realizarse como tal existencia? Todo terror supone una tajante división, a cuyos lados forman dos tipos opuestos: el aterrorizante y el aterrorizado. ¿Puede valer el pánico para el cumplimiento eficaz de una vida?

El terror es, de antemano, una separación, una manera de repulsa, todo lo contrario a una forma de amor. Puede hasta ser una decisión religiosa, pero impunemente desgraciada. En estas memorias, que sigo a través de unos apuntes lejanos, se insiste reiteradamente en un personaje llamado Sazonov, que desde presidio escribía al autor de las memorias definiendo así la organización:

—Nuestra Orden de caballería se halla impregnada de un espíritu tal que la palabra "hermano" es insuficiente para expresar la esencia de nuestras relaciones.

La afirmación es grave y en ella surgen tópicos sorprendentes. En una sola frase aparecen tres: orden, caballería y hermano. Pero sobre todo la unión desafortunada de las dos palabras primeras es algo incomprensible: orden de caballería. ¡Qué barbaridad! Caballero sin caballo será siempre una estupidez. Queramos o no, el ser humano suele ser de infantería, suele ser un peatón. Se nos muestra cómo en muchas ocasiones el vocabulario falla y toda revolución eficaz necesita expresarse. Hay un diálogo que quiero poner en seguida, por que sobre él surge una sorpresa cargada de sugerencias. Son dos hombres que hablan.

Savínkov.—¿Qué piensa usted que sentiremos después... después del asesinato?

Sazonov.—Orgullo y alegría.

Savínkov.—¿Únicamente?

Sazonov.—Claro está.

Creo que ninguno de los dos interlocutores pueden situarse entre los criminales al uso. Hay bastante más que todo eso. Uno se siente asombrado y confuso. Las palabras surgen escuetas, afiladas. Sobresalta asistir, a través de la lectura, a este fragmento de conversación. No, no hay odio, y esto es lo que nos consterna. Es una decisión helada. ¿Qué hay en el alma de esta gente? ¿Qué ha ocurrido en el corazón de estos hombres que hablan en unas memorias, no en una novela: Sazónov, desde la cárcel, escribe tiempo después a Savínkov: "la conciencia del pecado no me ha abandonado nunca". Enrique Tierno, comentando a Bakunin, ha escrito en una breve nota: *fundamentalmente, el anarquismo es la negación del pecado original*. (Insisto en que mi capacidad para el ensayo o el estudio, es mínima. Uno es un narrador que pasa rápidamente por una faena que no es la suya. Lo que para mí vale es la fuerza indudable que gravita sobre la confesión de Sazónov. Es una afirmación tremenda la del hombre encarcelado, que no puede olvidarse fácilmente.)

Otro de los personajes que circulan por las memorias de Boris Savínkov dice:

—Tengo más fe en el terror que en todos los Parlamentos del mundo.

Puede que no se tenga fe en ningún Parlamento, pero ¿cómo puede tenerse fe en el terror? ¿Cómo puede tenerse fe en el espanto, en el pavor, en el miedo? Pienso que no es, precisamente, la ruptura con esquemas sociales previstos, sino con algo mucho más grave. El descreimiento, hasta el ateísmo más completo, puede eliminar la relación cordial con el prójimo, pero aquí hay algo más, la negación de la semejanza, de parecido. Es una ruptura total con el mundo donde se vive. El terrorismo—tal como nos lo presenta Savínkov—es un bizantinismo, una insignificancia si no llevase el brazo cargado.

Uno de los compañeros de Savínkov, llamado Kulikovski, "había confiado demasiado en sus fuerzas, veía que no podía actuar en el terror". Boris Savínkov añade en seguida: "al que no haya participado en el terror le será difícil formarse una idea de la intranquilidad y del estado nervioso en que nos hallábamos después de una serie de tentativas fracasadas". La confesión es significativa. Se trata de unos hombres que se sitúan al margen de la vida. Para ellos no importa el amor más o menos grave, o cualquier estructura vital.

Alguien pregunta a Vnorovski y la pregunta es respondida con la palabra y la sonrisa.

—¿Quiere usted que le reemplacemos?

—No, no es nada. Lo que ocurre, es que la mano se cansa de llevar el peso durante tanto tiempo.

El peso que lleva la mano es, precisamente, la bomba. Es un atentado importante, muy importante. Savínkov es quien cuenta e interviene.

—Oiga —le dije—, ¿y si pasa Dubásov con su mujer?

—Estonces, no arrojaré la bomba.

—Por consiguiente, tendrá usted que esperar muchas veces todavía.

—Es igual, no la arrojaré.

El comentario de Savínkov es este: “No le hice ninguna objeción; estaba de acuerdo con él”. Es un tema histórico, pienso yo, tanto como una rebelión en el siglo XIII, pero mucho más emocionante y decisivo. Son gentes próximas, mucho más prójimos que los otros. El diálogo apuntado se realiza entre Savínkov y Vnorovski, y éste, en una singular autobiografía, afirma: “El materialismo histórico no me satisfacía. Con el terror había simpatizado siempre”. Un obrero de una fábrica de Moscú afirmaba en estos días: “¿Qué podía enseñarme mi familia, compuesta por reaccionarios? Y en el terror hay que ser limpio como el cristal. De otro modo, no puede ser”.

Son gentes desesperadas y yo me atrevo a insinuar un por qué. Tierno lo ha escrito así: *es la secularización de la esperanza*. Toda esperanza es una expectativa, una vigilancia sobre la posibilidad. Pero es también una virtud, una fuerza, una integridad. Hay un par de versos de Franz Werfel, por los que siento un gran desvío; son estos:

*al que espera, no le será dado ningún nombre;
lo grande quiere sorprenderte.*

Cito de memoria y la infidelidad de la memoria es algo inevitable. Pero toda situación será siempre una espera, la de su resolución. Puede que en el corazón del ser humano sea la espera una de las más bellas decisiones. Esperar supone una confianza. (Arbitrariamente puede recogerse lo que sigue: confianza, confidencia, confesión.) Pero en la perspectiva de la esperanza hay también algo del viaje, abocado al viaje, la “sala de espera”, donde surge lo inevitable del traslado, de la marcha. (Hay dos nombres importantes, que pueden buscarse: Laín y Marcel. No puedo insistir en esta dirección para limitar esta nota.)

Uno de los nombres que Savínkov apunta a la anchura de su relato dice:

—El terror, la forma suprema de la lucha revolucionaria y el cumplimiento máximo del deber revolucionario.

Es algo parecido al basilisco medieval, la parálisis del antagonista, el estupor. Savínkov apunta: “A mi entender, había que modificar radicalmente el método mismo de la lucha terrorista, y dicha modificación debía de consistir en la aplicación de los inventos científicos al terror, inventos que yo desconocía”. Ese gran fantasma de la ciencia acaba de surgir a la atención del terrorista, portador de su pedantería. Acaba de aparecer en el relato Suliatitski. Savínkov afirma:

—Consideraba contrario a mi conciencia revolucionaria y a mis convicciones terroristas, comprometer gente en el terror sin ver la posibilidad de realizarlo.

Este nuevo personaje es retratado así por el autor de sus memorias:

—En Suliatitski se combinaban armónicamente dos rasgos fundamentales en la psicología de todo terrorista. Vivían en él, en un grado idéntico, dos anhelos: triunfar y morir en aras de la revolución. No se imaginaba su participación en el terror de otro modo que con la muerte como fin; es más, la deseaba, pues veía en ella, hasta cierto punto, la expiación por el asesinato, el cual, aunque inevitable, al fin y al cabo constituía un pecado. Pero deseaba no menos ardientemente la victoria, deseaba morir llevando a cabo un acto terrorista difícil por su ejecución e importante por sus resultados". Me parece escuchar las palabras de un oficial enamorado, que Stendhal llamó Luciano Leuwen, y hay una sombra de semejanza entre las dos actitudes. Las palabras son éstas: *Mientras la juventud toma partido por grandes intereses, ¿pasaré mi vida mirándome en unos ojos, como los héroes ridículos de Corneille?* Creo que el asunto es grave; se trata de un grupo, más o menos numeroso, de personas que se desocupan en sus personales ambiciones, cuyas vidas adquieren una forma de inmolación, de hecatombe. Kárpovich, otro personaje que aparece en las memorias que apunto, dice:

—Se nos ahorca, nosotros tenemos que ahorcar. No se puede hacer el terror con las manos limpias, con guantes. Hay que conseguir la victoria, aunque esto cueste la muerte de millares de hombres... Los tiempos que vivimos no son tiempos de sentimentalismos. En la guerra, como en la guerra.

No creo que quepa duda sobre estos hombres apuntados sucesivamente. Algo está ocurriendo en las cabezas y en los corazones. Pienso que una de las páginas más emocionantes de todos los libros del mundo es la que corresponde a un libro de Jacobo Burckhardt, dentro de un célebre capítulo sobre las crisis históricas. De pronto, viene a decir Burckhardt, hay un escalofrío que tiembla en las tierras más lejanas, y la gente piensa y repite: "esto ha de cambiar". Es una señal, una marca inmediata y también una separación. El terrorismo surge en un tiempo cargado de gravedad. Es una actitud que hace explicarse a alguien de esta forma:

—En el terror es inoportuna toda violencia sobre sí mismo... se puede y se debe ir al terror únicamente cuando el hombre no puede psicológicamente dejar de ir.

Resulta, sin embargo curiosa, la personalidad de Boris Savinkov, que en el gobierno Kerenski aparece nada menos que como ministro de la Guerra, Luego, seguirá su faena terrorista contra el Soviet. En el año 1924 es detenido. Dos años más tarde se suicida, arrojándose desde una ventana de la cárcel donde estaba recluido. Se cumple en Boris Savinkov un destino que aparece repetido a través de la acción directa: salirse por la tangente. Yo no puedo hacerlo, entre otras cosas porque me faltan fuerzas y conocimientos. ¿Por qué hubo un

grupo de seres humanos capaces de decir y obrar sobre las vidas de unos seres humanos inmediatos, de su mismo país?

La nómina de personas que cruzan las memorias de Boris Savínkov es numerosa. Citemos algunos: Avez, Gotz, Pokotílov, Kaliáev, Sazánov, Kulikovski, Vnorovski, Dvoínikov, Sullatitski, Káspovich. Son gentes que aguardan siempre a través de una enorme soledad. Era gente en una situación de espera. Pero la esperanza es la tercera virtud: la del límite. La segunda parte, teologal, de dispararse hacia la bondad de Dios. Al genial energúmeno, llamado León Bloy, le hubiese sorprendido que las bombas de este grupo terrorista tuviesen dos tubos colocados en forma de cruz, con aparatos detonadores.

Por los pasillos de estas memorias cruza una chica, llamada Dora, con unos "ojazos negros y tristes", que dice a Savínkov:

—Quisiera... quisiera pedir, una vez más, que se me dé una bomba.

—¿Una bomba? ¿A usted?

—Yo también quiero participar en el atentado.

—Oiga, Dora...

No, no me diga usted nada... Lo deseo con tanto ardor... Yo debo morir.

Uno piensa en esta muchacha y en sus frases entrecortadas, con ojos tristes y negros, decidida a la muerte, y siente un escalofrío. ¿Qué llevaba dentro del pequeño pecho? Era alguien que iba por las aceras de la ciudad, con la cabeza levantada, que respiraba el aire helado o cálido, y pensaba en la muerte. Puede que hasta en alguna ocasión se sonriera y apañase con la mano blanca el desorden que el viento pusiera en sus cabellos.

Los estatutos de la Organización de Combate hablan de llevar "el miedo y la desorganización a las esferas dirigentes". No se trata de una ideología lo que quiero tratar aquí. Las ideologías me importan poco, lo que vale para mí es la actitud de unos seres humanos que cruzan unos años del tiempo sujetos a la vida. Kaliáev va a atentar contra la vida del Gran Duque Pablo. (Hay una parte de un libro de Jesús Pavón que recoge el suceso.) Savínkov lo cuenta así: "La carroza dobló la Plaza Vosnesenski y en la oscuridad le pareció a Kaliáev reconocer al cochero Rudinkin, que conducía siempre el carruaje del Gran Duque. Sin vacilar se fué al encuentro de la carroza, cerrándole el paso. Levantó la mano para arrojar el explosivo. Pero inesperadamente vió, además del Gran Duque, a la Gran Duquesa Elisabeth y a los hijos del Gran Duque Pablo, María y Dimitri. Kaliáev dejó caer los brazos y se apartó. La carroza se detuvo a la puerta principal del Gran Teatro".

Kaliáev busca a Savínkov para decirle:

—Creo que he obrado bien. ¿Es admisible que se pueda matar a los niños?

La respuesta es que "no sólo no condenaba su acción, sino que la consideraba digna de todo elogio". Albert Camus, en su pieza en cinco actos, *Los Justos*, dramatiza estas memorias. El día 5 de abril de 1905, Kaliáev, en su proceso, dice:

—No soy un acusado, sino un prisionero de guerra.

El terrorista insiste en considerarse ajeno. "Somos enemigos" —insiste.

—Que nos juzgue este gran mártir de la historia: la Rusia popular.

Estas páginas no son un juicio, sino una exposición. En unos años de un país surge la amenaza, la intimidación en el aire. La muerte dirigida aparece a través de un artefacto: la bomba, cuya dirección no puede afinarse. El hombre, ante el terror, ha de vivir alerta, con cuidado, vigilante en una zona de recelo. Es una subversión que viaja en las páginas de este libro de Boris Savínkov, como un hecho lejano, histórico ya. Eran tipos insatisfechos, exasperados, tristes. ¿Sobre qué esquemas latía su corazón? ¿Qué melodía sonaba en su cabeza? Ahí quedan unos diálogos, unas afirmaciones, unas negaciones.

FRANCISCO ALEMAN SAINZ

CARBOMETAL, S.A.

SUCESORES DE ASTORECA, AZQUETA Y CIA.



**CARBONES
METALES
GABARRAJES
TRANSPORTES**

Ledesma, núm. 14

BILBAO

Teléfono 10053